

terminar Mons. Delicado Baeza señala que, en el trasfondo de estos discursos, homilías o catequesis está siempre la Santísima Virgen que es camino para ir a Cristo.

Estamos pues ante un libro para leer con detenimiento, que ayudará a meditar y a profundizar en las admirables riquezas del Redentor, Redentor del hombre, de cada hombre, de cada uno de nosotros.

Jaime Pujol

Claude LAGARDE, *Retorno a las fuentes de la catequesis. La Biblia para la oración. Exégesis y Catequesis actuales*, Ediciones San Pío X, Madrid 1996, 179 pp., 13,5 x 20, ISBN 84-7221-360-9.

La estructura de este libro es la siguiente: un prefacio a cargo de Donatien Roland O.S.B., una introducción, el plan de trabajo, cuatro capítulos, un resumen final y un anexo de 25 páginas titulado «Catequesis y exégesis», en el que nuestro autor rebate una breve recensión a un libro anterior («Para contar el Evangelio», Centurion 1990), realizada por el P. Tassin y publicada en los *Cahiers de l'Évangile*. El anexo no constituye un mero apéndice a este libro, sino un resumen de todo lo anteriormente dicho.

Es éste un libro profundo, difícil de resumir, pues toca uno de los puntos cruciales de la catequesis, que es la fuente o las fuentes de la catequesis. Quiere ser un ensayo que pueda ayudar a reflexionar sobre lo que este autor plantea con fuerza, aunque quizá algunas afirmaciones sean un tanto radicales y la misma brevedad del libro no permita agotar las ideas hasta el final.

El libro ha sido traducido del francés, «*Au nom des Pères*» (aunque el mismo autor lo traduce en una ocasión como «En el nombre de los Santos Padres», p. 137). Su objetivo es intentar convencer de que es preciso volver a impartir la catequesis como se hacía en la tradición apostólica y luego en el periodo de los Padres de la Iglesia (usando las Sagradas Escrituras con el estilo y sentido que ellos lo hicieron), y no como se viene haciendo desde el Renacimiento. Según el autor, hoy día se utiliza en ocasiones mal la Sagrada Escritura, tanto por la excesiva división que se hace de los dos Testamentos, como por centrar la explicación del texto más en los aspectos histórico-críticos que en el sentido litúrgico y sacramental, sin lograr el objeto fundamental de la catequesis, que es despertar y alimentar la fe de los fieles, como fue en sus primeras épocas.

El primer capítulo se dedica a exponer lo que según Lagarde debe ser la catequesis, contraponiendo el modelo de catequesis propuesto actualmente por algunos autores con el que se practicaba desde el principio del cristianismo y en la época de los Padres. Ofrece criterios que delimitan el terreno catequético del de otras tareas; se trata, en palabras del autor, «de no confundir la catequesis con cualquier clase de enseñanza bíblica, histórica o religiosa» (p. 17).

El segundo capítulo aborda la relación que la Biblia y los Sacramentos guardan con la fe. Entiende que debe existir una gran unidad entre los dos Testamentos: el Antiguo Testamento sigue siendo base imprescindible para la catequesis sacramental, porque en él se encuentran las figuras que alimentan la liturgia cristiana. Es en la participación litúrgica donde se encuentra el cristiano con Jesucristo y es en ella donde Dios alimenta a su pueblo. Y añade: «ésta es

la gran diferencia entre el catequista y el historiador que suele desentenderse de los sacramentos cuando aborda el estudio de la Biblia» (p. 17).

El capítulo tercero, titulado «olvido y retorno de la tradición» explica por qué, según el autor, en Occidente se abandonó la catequesis bíblica y litúrgica de los Santos Padres. De forma breve recorre la historia de la catequesis desde los comienzos del cristianismo hasta nuestros días, haciendo ver cómo el uso directo de la Biblia ha estado ausente de la catequesis durante muchos años, sobre todo a partir del siglo XV y después de Trento. Sólo a partir del Concilio Vaticano II se ha intentado volver a ella, aunque no siempre con acierto, como señaló el Card. Ratzinger en su Conferencia de Lyon y París en los años ochenta. Es en este capítulo donde el autor expone y concreta muchas de sus ideas sobre la esencia de la catequesis, que se puede resumir en esta frase: «El objetivo que busca la catequesis no es en efecto, descubrir el Jesús de los historiadores sino anunciar la fe apostólica de la Iglesia» (p. 98). Por ello hay que redescubrir la Biblia en la oración, y no sólo en estudios exegéticos e históricos, aunque estos aporten datos interesantes y sea necesario para otras tareas de la Iglesia, especialmente para la teología. No rechaza pues la exégesis científica, pero ésta no puede constituir el único soporte catequético.

En el último capítulo señala cómo la vuelta de las Escrituras ha venido acompañada de una «crítica virulenta contra la alegoría que es sin embargo un método empleado tradicionalmente en las narraciones» (p. 18). La alegoría es la ficción literaria que consiste en desplazar una imagen de su referencia habitual con el fin de expresar un nuevo significado (cfr. p. 107), y Lagarde trata de mostrar que cuando se abandona la

alegoría bíblica la pedagogía de los apóstoles y de los Santos Padres pierde el soporte dinámico.

El autor ha querido subrayar que la Biblia tiene que ser utilizada en la catequesis fundamentalmente como libro de fe, como Palabra viva que se hace oración y que va encaminada a responder a la pregunta fundamental: «¿Quién es pues ese Jesús que la Iglesia confiesa como «Cristo» y asegura resucitado de entre los muertos?» (p. 38). Una predicación kerygmática que conduzca a la creencia, y no una mera «instrucción religiosa» que no compromete ni lleva a vivir la fe, en un encuentro vivo con Jesucristo. El autor señala que este libro, escrito por un catequista, quiere ser la respuesta concreta el deseo expresado por Pío XII en la encíclica *Divino Afflante Spiritu* y recogido por el Sínodo de 1985, de que tanto la historia como la catequesis empleen, cada uno a su manera, la Biblia. El primero debe analizar las palabras y remitirse al pasado; el segundo debe buscar a Dios en la vida presente de los cristianos (cfr. p. 137). El intento de señalar esta distinción me parece laudable.

En el conjunto de afirmaciones que nuestro autor propone para reforzar estas ideas, nos queda la duda de si los textos catequéticos que la Iglesia con tanto esfuerzo ha ido elaborando —los catecismos— tienen realmente un lugar en la catequesis que Lagarde propone, pues no olvidemos que los catecismos son «instrumentos inapreciables para la catequesis, llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas» (*Directorio general para la catequesis*, 1997, n. 131, citando *Catechesi tradendae*, n. 53). También cabría matizar interpretaciones de algunas parábolas y textos utilizados para ejemplificar (cfr. sobre todo el capítulo 4), pero todo esto escapa, me parece, del

análisis «catequético» que he querido hacer de este trabajo.

Jaime Pujol

Herminio OTERO, *Propuestas creativas para la clase de Religión. Experiencias, actividades y técnicas*, 2ª ed., CCS, Madrid 1998, 270 pp., 17 x 24, ISBN 84-7043-657-0.

Esta obra, escrita en 1993, ha sido ahora reeditada sin grandes cambios, pues el autor piensa que las propuestas que hizo en aquel momento siguen siendo actuales. Como explica al iniciar el libro en una carta dirigida a los profesores de religión, «lo que se ofrece no es un desarrollo de una clase concreta de religión y ni siquiera de un tema determinado, sino un estilo que se ha de aplicar a toda la enseñanza y en todo momento» (p. 8). El autor transcribe sus experiencias con la idea de ofrecer modos más activos para desarrollar la clase de religión con objeto de que cada profesor adquiera su propio modo de impartirla.

La propuesta de Otero dice ser una propuesta educativa global, que puede servir no sólo para la enseñanza de la religión, sino también para las otras asignaturas. El estilo educativo que ofrece es definido por él mismo como activo, creativo, lúdico, investigador y colectivo, ya que en él predomina la participación y el trabajo en grupo.

Las experiencias se presentan agrupadas en los siguientes ocho apartados: Ser profesor libre y creativo; contar con los alumnos y trabajar con ellos; situarse y situar la clase de religión; elegir una metodología participativa y actuar con un estilo creativo; aprovechar los tiempos y temas especiales; trabajar con los

personajes; cómo aprovecharse de los medios de comunicación; cómo evaluar y realizar exámenes creativos. Concluye la obra con un índice de las técnicas y las actividades que han sido utilizadas a lo largo del libro, que suman casi cien.

En los distintos capítulos se van presentando técnicas, actividades y experiencias que el propio autor ha ido haciendo y recopilando, sea en las clases de religión o en los numerosos cursos que ha impartido para la formación de los profesores de religión. Algunas de las experiencias son de otros autores, pero Otero las transcribe más o menos completas. Muchos de esos escritos han sido antes publicados en revistas, algunas dedicadas a la catequesis de la comunidad cristiana, y por eso se advierte un cierto amontonamiento de estilos y experiencias.

El libro ofrece sin duda sugerencias para el profesor de religión que le sirvan para dinamizar el trabajo en la clase y lograr la siempre deseada participación de los alumnos, necesaria para crear interés y ayudar a interiorizar el contenido. Pero pienso sinceramente que el camino emprendido por el autor no contribuye del todo a ello. Da la impresión que la opción por la actividad y la creatividad prima sobre todas las demás dimensiones del quehacer educativo: el método está por encima y no al servicio del contenido. En mi opinión no es bueno que en las clases de Religión —como en las de cualquier otra asignatura que se quiera transmitir un contenido— todo se deba someter a discusión o debate (ver el debate colectivo de la p. 102, sólo por poner un ejemplo). Los aspectos negativos —y especialmente en las cuestiones que se abordan en la enseñanza religiosa escolar— tienen más impacto y son más fáciles de formular que los argumentos positivos, que constituyen la verdadera doctrina.